

Felipe II es uno de los muy particulares bienhechores de Monserrate, y el que concedió privilegio y licencia para que se pudiese pedir limosna para este santuario en las Indias y en Castilla.

Durante el reinado de este monarca, empezose la obra de la nueva iglesia, por los cuidados y desvelos del abad Fray Bartolomé Garriga.

En efecto, la iglesia primitiva, á pesar de las muchas reparaciones con que se habia procurado mejorarla, parece que no correspondia ni á la fama ni á la dignidad del monasterio, y he ahí lo que movió á Fray Bartolomé Garriga á echar los cimientos de la nueva que es la que ha llegado intacta hasta nuestros dias.

Felipe II costeó el altar mayor que labró en Valladolid el célebre escultor Esteban Jordan por 44,000 ducados y fué una de las tres obras que le han valido su nombradía.

Constaba de tres cuerpos, corintios el primero y segundo y compuesto el tercero, llenos de bajos relieves, estatuas etc. Construyóse en 1594. Se llevó al monasterio en 65 carros, previa una circular que á 27 de abril de 1597 el rey despachó á todas las justicias del tránsito para que ayudasen en carretas y bestias y costaron los portes y arriendo 6,000 ducados.

Poco despues, por orden del rey llegó de Madrid con doce oficiales escójidos Francisco Lopez, que se encargó de pintarlo y dorarlo en dos años.

El escultor Cristobal de Salamanca á 8 de Mayo de 1578 firmó la contrata de labrar la sillería del coro igual á dos sillars que presentó por muestra, y se fijó el precio de cada una á noventa y cinco ducados, dándole el monasterio la madera de roble. Trabajó su obra en Monistrol y la adornó con relieves que han merecido los elogios de todos los profesores. En las treinta y seis inferiores esculpió la vida, pasion y muerte de Jesucristo, y en las cincuenta y cinco superiores puso en cada respaldo una imágen de un santo, de cuerpo entero, subiendo este segundo cuerpo á la altura de cinco varas del suelo, y rematándolo un ámbito practicable. Ejecutó asimismo la magnífica verja, con que en 1608 se dividió el presbiterio de lo restante de la iglesia, costando 44000 ducados.

Nuevos romeros iban en el interin llegando á Monserrate. El emperador Rodolfo II, entonces solo archiduque, y su hermano Ernesto, subieron en peregrinacion la montaña, y allí estuvo tambien Don Juan de Austria, el héroe de Lepanto, seis años antes de alcanzar esa marítima victoria que fué de tan inmensa trascendencia para la cristiandad, que dió un eterno dia de gloria á la España, y que costó un brazo de Cervantes.

Al volver Don Juan de Austria triunfante á España, envió á Monserrate algunas banderas y el farol que Ali Bajá tenia en su capitana, y á esto alude una balada catalana, cuyo pasaje traduciré aquí verso por verso:

Setenta y cuatro las lámparas
son que arden ante el altar,
todas ellas son de plata
una esceptuando no mas,
la lámpara del rey moro
que nunca encendido se há.
Una noche la encendieron:
así á un ángel se oyó hablar:
—« Apagad, ay! esa lámpara
sino el mundo se hundirá.

Despues de Don Juan de Austria, llegó á Monserrate Doña María, hija, esposa y madre de emperadores, hermana, cuñada y suegra de los reyes mas grandes que ha conocido la historia. Acompañábala en esta santa romería su hija doña Margarita, y he ahí lo que cuenta sobre estas dos ilustres damas la tradicion del monasterio:

Habia salido de Praga Doña María, hija de Carlos V, esposa de Maximiliano II, y en la armada de Andrés Doria habia llegado á Barcelona en 1582 con su hija Margarita, discreta y virtuosísima doncella.

Despues de los festejos con que las obsequiaron á entrambas en la antigua capital del Principado, decidieron visitar Monserrate y pusieron en camino con este objeto, seguidas de una ilustre comitiva.

Al entrar en el templo agosto del monasterio, cuentan que Margarita sintió nacer un deseo en el fondo de su vírgen corazon: como medio siglo antes San Ignacio, conoció que tenia lugar en sus ideas una revolucion y que desaparecia todo pensamiento mundano para hacer lugar á nuevos y religiosos pensamientos.

Arrojóse pues á los piés de la Vírgen, y he ahí sus palabras testuales segun la crónica nos las ha conservado:

—Santísima Señora, suplico que ayudeis mi fé y mi amor, sea yo esposa de vuestro Hijo dulcísimo, concededme esta merced. No habeis de hacerme esta gracia? A quién no favorece vuestro amparo? A quién se niega vuestra intercesion?

Añade la misma crónica que habia apenas acabado de pronunciar estas palabras, cuando la imágen de la Vírgen bajó la cabeza en señal de asentimiento.

La infanta que tal viera, tomó entonces una daga de uno de los de su ser-

vidumbre, rasgóse con ella el casto seno, y escribió con la sangre de sus venas estas palabras en un pergamino que hasta nuestros días conservó el archivo del monasterio:

«Con la sangre de mi corazón me ofrezco y entrego por esposa á Jesús, y suplico que sea mi medianera la Virgen María, en fé de lo cual firmo

MARGARITA.»

En efecto, al llegar á Madrid tomó la infanta el hábito en las Descalzas reales con nombre de Sor Margarita de la Cruz.

Llegó el año 1599 y concluido estaba ya el nuevo templo, levantado, según hemos visto, por la piedad y solicitud de Fray Bartolomé Garriga bajo la protección de Don Felipe II de Castilla y I de Aragón.

Solo faltaba trasladar la Virgen.

Felipe III que comenzaba entonces su reinado, quiso autorizar la traslación con su presencia y subió al efecto á Monserrate con mucha parte de su corte. Ya pocos días antes habían estado á visitar á la Virgen, haciéndola ricos dones, la reina Doña Margarita, la infanta Doña Isabel, el archiduque Alberto su esposo y la archiduquesa de Austria madre de la reina.

Felipe llegó á Monserrate el 8 de julio de dicho año, saliéndole á recibir el abad vestido de pontifical con todos los monjes, ermitaños y frailes legos hasta la puerta mayor del monasterio, donde adoró la riquísima cruz de oro que había regalado su abuela Doña Isabel. Visitó aquel mismo día la vieja y la nueva iglesia, y fijó el domingo 11 para la traslación de la Virgen.

Al siguiente día madrugó y quiso pasarlo recorriendo las ermitas, subiendo á ellas por el camino que llamaban de la escalera (1): visitólas todas y regresó al monasterio á las diez de la noche.

Llegó el domingo y se efectuó la ceremonia. Vistióse el abad de pontifical, los monjes con capas de brocados, los ermitaños y legos con dalmáticas, y comenzó la procesion en la forma siguiente:

Iba delante una cruz grande de admirable riqueza y adorno que tenía cincuenta y dos marcos de peso. Dice una crónica que la habían dado los mercaderes Julians de Barcelona, pero es mas probable que la dieran los marineros catalanes de la nave llamada *Juliana*. Esta cruz estaba sobredorada de plata y en ella se había encajado una imagen de Nuestra Señora de oro de mucho valor que dieran los duques de Segorbe. Al otro lado de la cruz había un joyel de oro

(1) De este camino quedaban aun vestigios, pero los temporales que se desencadenaron sobre Cataluña este año pasado, destruyeron las pocas huellas que existían.

con cinco esmeraldas, cinco diamantes, un topacio grande como una nuez y en medio un pedazo de *lignum crucis* rodeado de perlas.

Seguían luego cuarenta y tres frailes legos, quince ermitaños y setenta y dos monjes todos con velas; venían despues los niños escolanes y demas capilla de la música cantando villancicos, y por fin la Virgen con su manto mas precioso, que era el que le había regalado el duque de Brunswich, y cuyas mangas eran de una magnífica tela estimada en mil ochocientos ducados y regalada por la infanta Isabel.

Detrás de la Virgen iba el abad al que seguía inmediatamente el rey con un hacha en que estaban grabadas las armas reales, y en pos del rey los marqueses de Denia, de Velada, de Camarasa, de Sarriá, de Laguna, de Zea, de Terranova, de Montesclaros y de Priego, los condes de Fuentes, de Orgaz, de Lerma, de Uzeda, y los señores de Portocarrero, de Borja, de Alagon, de Toledo, de Figueroa, de Guzman, de Castro, de Tasis, de Ribera, de Silva, de Aguilar, de Fonseca, de Velasco y de Horcajada.

Casi coincidía la consagración de este nuevo templo con otro que se erigía á la Virgen en aquella misma época en Méjico. Los monjes de Monserrate, que ya habían enviado á hermanos suyos á través del indómito elemento para convertir á los idólatras del nuevo mundo, habían recientemente mandado á dos de sus compañeros á las Indias occidentales, y allí fundaban estos en 1600 un suntuoso templo á la Virgen catalana, al propio tiempo que la remitían una riquísima corona de esmeraldas.

Por lo demás, las peregrinaciones á Monserrate menudeaban entonces y era crecido el número de romeros que de todas partes acudían á saludar á la Virgen. Fray Mateo Oliver dice en su crónica haber confesado en solo un año *entre franceses, flamencos y otras naciones de lengua francesa, cinco mil y quinientas cincuenta y dos personas*.

Registrando los libros de la casa, halló Argaiz que en aquel tiempo los del monasterio subían á cuatrocientas treinta y dos personas, y que fuera de esto, solía acudir mucha gente á la hospedería durante todo el año, llegándose á contar nueve mil seiscientos quince personas, á todas las cuales se daba de comer por espacio de tres días: solo eclesiásticos hubo en un año tres mil ochocientos veinte y nueve.

Por el año de 1653 hallamos también en el monasterio á Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV. Allí le vemos en acto solemne, puestas las manos sobre el altar, jurar y manifestar que estaba pronto á sostener el misterio de la Concepción, voto y juramento que con él hicieron y prestaron los nobles

de su comitiva el conde de Atares, los señores de Velasco, Ronquillo, Borja, de la Cueva y Enriquez, Córdoba, Eques, Amolas, y Fray Pedro de Valenzuela y Mendoza.

Entonces fué cuando el mencionado Don Juan mandó dorar á costa suya toda la iglesia, obra que costó cuatro mil escudos de oro.

Dos ilustres visitas tuvo asimismo por aquella época Monserrate. La infanta de España Doña María, hija de Felipe III, siendo ya respetada en la corte de su hermano Felipe IV por Reina de Hungría, al ir á Barcelona con objeto de embarcarse para Italia y de allí pasar á Alemania de donde debía ser emperatriz, subió á visitar á Nuestra Señora de Monserrate en 3 de Febrero de 1630.

Poco antes, la montañesa Virgen habia tambien visto á sus plantas á Doña Margarita de Austria, hija de Felipe IV, la cual al inclinarse ante la reina de los cielos, dejó caer á sus piés una joya de valor de 6000 ducados de plata. Tambien le envió mas tarde un vestido muy rico, valor de 2,500 ducados junto con un traje bordado de plata que le mandaba la reina de España, valor de 3,000 ducados.

Casi puede decirse que la fama de la Virgen habia llegado entonces á su mayor período. De todos los puntos del universo iban peregrinos á saludarla, de las naciones mas remotas llegaban príncipes y nobles á visitarla, de todas partes se la mandaban regios y preciosos regalos.

Enumeraremos algunos de los que por aquel tiempo se le hicieron.

Don Luis de Aragon, duque de Cardona, dió en 1668 dos blandones de plata de nueve palmos de elevacion y dos ángeles del mismo metal de seis palmos de alto, y para que perpetuamente, de dia y de noche, ardiesen en los blandones cuatro cirios, hizo al monasterio una renta de doce mil cuatrocientos noventa y seis reales. Algunos años antes Don Juan de Cardona, virey de Navarra, habia dado un completo y magnífico ornamento para difuntos y habia mandado que se le enterrase en Monserrate.

La condesa de Flandes remitió cuatro estrellas de oro y diamantes, valor de ocho mil ducados y mil libras de limosnas; la duquesa de Coruña puso ella misma en el dedo de la Virgen una sortija de mil escudos, la duquesa de Alba otra de dos mil, la reina de Francia remitió seis floreros con jarros de plata, valor de cuatro mil francos cada uno; el duque de Sessa una mariposa de oro de ciento noventa doblones; el duque de Medinaceli le regaló al visitarla una venera de diamantes de catorce mil reales; la duquesa su esposa un corazon de oro guarnecido de diamantes y rubíes; la condesa de Aranda

una joya de oro y diamantes de mil cien ducados; la marquesa de Aytona dos pendientes de gran precio.

Y otros muchos dones de mas ó menos valor, de personas mas ó menos ilustres, que seria cansado y prolijo referir.

Difícilísima tarea seria por otra parte enumerar exactamente todas las joyas y demás piezas de valor que contenia el tesoro de la sacristía, pues con la devocion fué siempre creciendo la munificencia de los reyes y poderosos, no solo nacionales sí que tambien extranjeros. De muchas joyas hemos hablado ya; bastará pues ahora indicar algo del viril y principales coronas de la Virgen y de Jesús. El viril que era de oro tenia 1106 diamantes, mas de 400 perlas preciosas, 407 ópalos, 3 grandes zafiros, algunas ricas turquesas y en lo alto una pluma de 15 ópalos estimada en 4,000 pesos, regalo de un príncipe. La Virgen tenia cuatro ricas coronas: una de ellas estaba valuada en 50,000 ducados y contenia 1124 diamantes, 1800 perlas, 38 esmeraldas, 21 zafiros y 5 rubíes rematando en un navío de oro de que ya hemos hablado de valor de 18,000 pesos. Un monje flamenco la trabajó en el mismo monasterio con varias piezas y joyas del tesoro y estuvo 27 años en concluirlo. De las tres coronas de Jesús, era la mas notable una de oro, tachonada con 238 diamantes, 130 perlas de gran valor y algunos rubíes y esmeraldas evaluada en 18,000 ducados.

Nacia el dramático siglo XVIII cuando bajaba al sepulcro el sucesor de Felipe IV, el pobre Carlos II, el último representante de la casa de Austria en el trono de Castilla.

Pobre rey y pobre reinado el suyo!

La casa de Austria habia comenzado en España por donde todas las cosas acaban, y habia acabado por donde todas comienzan. Habia empezado por un héroe y concluía por un niño; la obra principiada á trazar por un gigante se escapaba destruida de las manos de un enano. — Carlos I, retrato de emperador, procreaba la dinastía á la que daba término Carlos II, parodia de rey.

Durante su reinado—corria aun el año 1678—se erigió una iglesia en Madrid.

—A quién dedicaremos el nuevo templo?—preguntaban sin cesar al monarca.

—Ya veremos,—contestaba este. Termínese primero.

Llegó un dia en que el templo quedó terminado.

—A quién la dedicacion de la iglesia, señor?

— A la Virgen que mas votos alcance, — contestó; — á la más nombrada y famosa, á la que haya obtenido mas merecimientos á los ojos de mi pueblo.

Túvose, pues, un congreso en el que se halló representada cada nacion de las tres de la corona: Cataluña, Aragon, Valencia.

Los valencianos propusieron á Nuestra Señora del Puche; los aragoneses á Nuestra Señora del Pilar; los catalanes á Nuestra Señora de Monserrate.

Esta adquirió el triunfo: para ella fué el mayor número de votos. La iglesia se consagró, pues, con la dedicacion á la Virgen de Monserrate.

Carlos II murió sin hijos dejando el trono á un nieto de Luis XIV de Francia, al duque de Anjou.

Este tomó el nombre de Felipe V y no olvidó continuar durante su combatido reinado la devocion de sus predecesores á la Virgen catalana.

Cuando estuvo en Barcelona, que tan enemiga le fué, para casarse en Figueras con María Luisa Gabriela de Saboya, subió á su vez á Monserrate deseoso de hincar la rodilla en el altar en que habian doblado la suya todos sus antecesores en el trono.

Llegó Felipe á Monserrate el 24 de Diciembre de 1702 acompañado del cardenal de Tré y de varios señores de la primera nobleza española.

A las doce de la noche del dia que llegó, bajó al camarín de Nuestra Señora con su confesor y despues de haber besado la grada del altar, permaneció en oracion por largo rato. A la mañana siguiente visitó el monasterio todo, vió el tesoro, recorrió las ermitas, y pasó á la iglesia vieja donde se hizo contar la poética historia de Juan Garin por el duque de Benavente que dijo estar enterado.

Despues de haber permanecido dos dias en el monasterio, partió dejando una limosna de doscientos doblones de oro.

Mas tarde estuvo allí tambien la esposa de Felipe en compañía del obispo de Urjel, de la célebre princesa de los Ursinos, del marqués de Castel Rodrigo y de otros grandes señores.

María Luisa permaneció varios dias en Monserrate y en una festividad que tuvo entonces lugar, quiso vestir con sus propias manos á la santa imájen no permitiendo que nadie le ayudase en su tarea. Así es que al partir se declaró camarera suya y se llevó una toca y la llave de la puerta mas inmediata á Nuestra Señora, dejándole en cambio una preciosa rosa de oro matizada con ciento diez diamantes, joya de esquisito gusto y valor.

Desde entonces ningun otro monarca volvió á subir al monasterio hasta

nuestro siglo en que tropezamos allí en 1827 con los reyes Don Fernando VII y su esposa Doña Josefa Amalia, quienes dejaron al partir una limosna de veinte y cinco mil duros para recomponer el edificio entregado á las llamas por los franceses (4).

VI.

DESOLACION Y MISERIA.

A DON MAXIMO A. DE COMES.

Monserrate 30 de Junio de 1851.

Has hecho mal, muy mal. No has querido acompañarme en mi piadosa romería, pero, en cambio, poniendo á contribucion nuestra amistad, has exigido y, lo que es mas, me has hecho prometer que te escribiria mis inspiraciones, que te daria detalles sobre esta Tebaida catalana.

Detalles! detalles!... Ay! aquí no hay mas que ruinas!...

Eran las cuatro de la tarde cuando partí de ese establecimiento de aguas termales oculto en la grieta de un monte como un caracol en su concha, y pocos momentos le bastaron á mi caballo para llevarme hasta la vieja Esparaguera donde tomé el camino real.

(4) Los capítulos que se acaban de leer son no mas que fragmentos entresacados de la obra titulada: MONSERRATE que escribió el autor el año pasado y que dió á luz en Barcelona el editor Don Antonio Brusi. A esta obra puede recurrir quien necesite mas estensos datos sobre el monasterio de que se trata ó quien desee enterarse de todas las curiosas tradiciones de la famosa montaña catalana.